

de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, segun yo he oido decir, mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza, riqueza, y á las lagañas, perlas.—¿Adónde vas á parar, Sancho? ¿que seas maldito! dijo Don Quijote; que, cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal: ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?—¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa; yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho; sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.—Fiscal has de decir, dijo Don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, ¡que Dios te confunda!—No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho; pues sabe que no me he criado en la córte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añadido ó quitado alguna letra á mis vocablos. Sí; que ¡válgame Dios! no hay para qué obligar al sayagués á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.—Así es, dijo el licenciado; porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las Tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la Iglesia Mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes.—Si no os picárades mas de saber mas menear las negras que llevais, que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevarades el primero en licencias, como llevastes cola.—Mirad, bachiller, respondió el licenciado: vos estais en la mas errada opinion del mundo, acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana.—Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay; yo, pulsos y fuerzas tengo, que, acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á medio dia, con mi destreza moderna y zafia, en quien espero, despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra.—En eso de volver ó no las espaldas, no me meto, replicó el diestro; aunque podria ser que, en la parte donde la vez primera clavásedes el pié, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.—Ahora se verá,” respondió Corchuelo; y, apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. “No ha de ser así, dijo á este instante Don

Quijote; que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestion:” y, apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compás de piés, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo, eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetia como un leon irritado; pero salióle al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente, el licenciado le contó, á estocadas, todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo; derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió despues por testimonio, que la alongó de sí casi tres cuartos de legua; el cual testimonio sirve, y ha servido, para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte. Sentóse, cansado, Corchuelo, y, llegándose á él Sancho, le dijo: “Mia fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que destes á quien llaman *diestros*, he oido decir, que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.—Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lejos estaba:” y, levantándose, abrazó al licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no quisieron esperar el escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho; y así, determinaron seguir, por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino, les fué contando el licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anocheado; pero, antes que llegasen, les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron, asimismo, confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y, cuando llegaron cerca, vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entonces no soplabo sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando, y otros



cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar, dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron, así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y, con esto, se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo ó casa de Don Diego.

Donde se cuentan las bodas de Camacho, el rico, con el suceso de Basilio, el pobre.

APENAS la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié, y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba; lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase le dijo: "¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues, sin tener invidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento; que, el de tu persona, sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia." Á todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver en sí. Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y, volviendo el rostro

CAPÍTULO XX.

APENAS la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié, y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba; lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase le dijo: "¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues, sin tener invidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento; que, el de tu persona, sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia." Á todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver en sí. Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y, volviendo el rostro

Donde se cuentan las bodas de Camacho, el rico, con el suceso de Basilio, el pobre.

APENAS la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié, y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba; lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase le dijo: "¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues, sin tener invidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento; que, el de tu persona, sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia." Á todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver en sí. Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y, volviendo el rostro